

"El ayuno

que yo elijo"

Si el lector tiene la buena costumbre de seguir la Misa con su misal en la mano, recordará quizás la Epístola del viernes y sábado siguientes al Miércoles de Ceniza.

En el umbral de la Cuaresma ISAÍAS alza su voz ante los instalados, sobre todo aquéllos que tienen comida refinada y amplia cada día, calefacción generosa, traje de mañana y de tarde y que no pierden el sueño ante el fantasma de la falta de vivienda.

En contraste habla el profeta de dolores terribles: cárcel injusta, opresión, hambre, ropa impresentable, ser despreciado, carencia de vivienda...

Ayunar y no amar es de estoico o de yogui, pero no de cristiano.

El mismo Dios que ha prescrito el ayuno como medio y expresión de penitencia, censura ese ayuno cuando es hipócrita careta con que se cubre la opresión de los propios obreros y empleados y el desprecio de los hambrientos vergonzantes o vagabundos.

El ayuno es *medio* de penitencia; es también *expresión* de penitencia, salva la discreción prescrita por el Evangelio al señalar la nitidez y prestancia externas como marco del ayuno; es, por último, *acicate* psicológico hacia la penitencia profunda (la «metanoia» o cambio de mentalidad, en definición de la Escritura). Es formidablemente interesante que Dios haga versar la «penitencia» —«cambio de mentalidad»— precisamente sobre nuestras relaciones con el prójimo, sobre todo con el necesitado.

Dios no nos ha dado su omnipotencia; ya nos habríamos destrozado; pero las puertas de su misericordia las ha puesto en nuestro corazón. Y en la psicología turbada del pobre y del angustiado se cumple realmente aquella observación de Lippert: «si en mi corazón las manos que palpaban no sentían ningún latido, creían que Tú no tienes corazón para ellos».

El ayuno esporádico nunca es malo para el cuerpo (sobre todo cuando cada escalón ascendido en el mundo ha dejado su correspondiente pliegue burgués en el vientre). Pero, espiritualmente hablando, es perfectamente inútil ayunar sin amar a Dios. Y es imposible —Dios mismo lo ha dicho— amar al Dios que no se ve si no se ama al hermano que se ve.

—¿A qué ayunar, si Tú no lo ves?

¿A qué humillar nuestras almas, si Tú no te das por entendido?

—Sí, pero en el día de ayuno de pronto encontráis un negocio,
y espoleáis a todos vuestros trabajadores.

Ayunáis para reñir y disputar,
para herir inicualemente con el puño.

*Ayunos como los que hacéis ahora,
no son como para que en lo alto se oiga vuestra voz.*

*¿Es acaso así el ayuno que me agrada
y el día en que se mortifica el hombre?*

*Encorvar la cabeza como un junco y acostarse en saco y ceniza:
¿A esto llamáis ayuno, y día agradable a Yahvé?*

*¿Sabéis qué ayuno quiero yo?, dice el señor Yahvé:
Romper las ataduras inicuas, desatar los lazos opresores,
dejar ir libres a los oprimidos y quebrantar todo yugo;
partir tu pan con el hambriento,
albergar al pobre sin vivienda,
vestir al desnudo,
y no volver tu rostro ante tu hermano.*

*Entonces brillará tu luz como la aurora,
y se dejará ver pronto tu salvación,
e irá delante de ti la justicia,
y detrás de ti la gloria de Yahvé.*

*Entonces llamarás y Yahvé te oirá;
le invocarás, y Él dirá: Aquí estoy.*

*Cuando quites de ti la opresión,
el gesto amenazador y el hablar altanero;
cuando des de tu pan al hambriento
y sacies el alma del indigente,
brillará tu luz en la oscuridad,
y tus tinieblas serán cual mediodía.*

*Yahvé será siempre tu pastor,
y en el desierto hartará tu alma y dará vigor a tus huesos.*

*Serás como huerto regado,
como fuente de aguas vivas, que no se agotan jamás.*

ISAÍAS, 58 3-11

